

bran mucho las cabezas. Un san Bernardo y un san Buenaventura debian de saber hacer eso de otra manera que nosotros, y hallaban en ella mucha facilidad y descanso; y así se entraban en aquellos agujeros de las llagas de Cristo, y dentro de su costado; y aquella era su guarda y su refugio y descanso, pareciéndoles que oían aquellas palabras del esposo en los Cantares, cap. II: *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni, columba mea, in foraminibus petrae, in caverna maceriae*. Otras veces imaginaban el pié de la cruz hincado en su corazón, y estaban recibiendo en su boca con grandísima dulzura aquellas gotas de sangre que corrían y manaban de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*. Isai. XII. Aquellos Santos hacían muy bien eso, y hallábanse muy bien en ello; pero si vos quereis andar todo el día con esas consideraciones y con esa presencia de Dios, podrá ser que por un día ó un mes que andéis de esa manera, perdáis todo el año de oración; porque os quebraréis la cabeza en eso.

Veráse bien cuánta razón tenemos de advertir esto; porque aun para hacer la composición de lugar, que es uno de los preámbulos de la oración con que nos hacemos presentes á lo que tenemos de meditar, imaginando que realmente pasa aquello delante de nosotros, advierten los que tratan de oración, que no ha de ahincar

uno mucho la imaginación en la figura y representación de estas cosas corporales que piensa; porque no se quiebre la cabeza, y por otros inconvenientes de ilusiones que suele haber en ello. Pues si para un preámbulo de la oración, que se hace tan brevemente, y estando uno sosegado y de espacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato; ¿qué será querer todo el día, y en medio de tantas ocupaciones conservar esa composición? Pero esta presencia de Dios, de que ahora tratamos, excluye todas estas imaginaciones y consideraciones, y está muy lejos de ellas; porque ahora tratamos de la presencia de Dios en cuanto Dios, que lo primero no es menester fingir que está aquí, sino creerlo, porque así es la verdad. Cristo Señor nuestro en cuanto hombre está en el cielo, y en el santísimo Sacramento del altar; pero no está en todo lugar; y así cuando imaginemos presente á Cristo en cuanto hombre, es imaginación que nosotros fingimos; pero en cuanto Dios está aquí presente, y dentro de mí y en todo lugar: todo lo llena: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*. Sapient. I. No tenemos menester fingir lo que no es, sino actuarnos en creer lo que es. Lo segundo, la humanidad de Cristo puede imaginarse y figurarse con la imaginación, porque tiene cuerpo y figura; pero Dios, en cuanto Dios, no se puede imaginar y figurarse cómo

mo es; porque no tiene cuerpo ni figura, que es puro espíritu: aun ni á un Ángel, ni á nuestra propia alma podemos imaginar cómo es, porque es espíritu: ¿cuánto menos podremos imaginar ni hacer concepto de cómo es Dios?

Pues ¿cómo tenemos de considerar á Dios presente? Digo, que no más que haciendo un acto de fe, presuponiendo que Dios está aquí presente, pues la fe nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice san Pablo que hacia Moisés: *Invisibilem tanquam videns sustinuit*. Ad Hebr. c. XI. Á Dios, que es invisible, le consideraba y tenía presente, como si le viera, sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo de noche, sin reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la conversación y presencia de su amigo, que sabe que está allí presente; de esa manera tenemos de considerar nosotros á Dios presente: bástanos saber que está aquí nuestro amigo para gozar de él: no os pareis á mirar cómo es; que no acertaréis, porque es de noche ahora para nosotros: esperad que amanezca; y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces se descubrirá, y le podremos ver claramente como es: *Cum apparuerit, similes ei erimus; quoniam videbimus eum, sicuti est*. I Joan. III. Por eso se le apareció Dios á Moisés en la niebla y oscuridad, para que

no le veais, sino solamente creais que está presente. Todo esto que tenemos dicho pertenece al primer acto del entendimiento que se ha de presuponer; pero es menester advertir, que lo principal de este ejercicio no consiste en esto: porque no solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando á Dios presente, sino también se ha de ocupar la voluntad, deseando y amando á Dios, y uniéndose con él; y en esos actos de la voluntad consiste principalmente este ejercicio, de lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos tenemos de ejercitar en ellos.

San Buenaventura en su mística Teología dice (1), que los actos de voluntad, con que en este santo ejercicio tenemos de levantar el corazón á Dios, son unos deseos encendidos del corazón, con que el alma desea unirse con Dios, con perfecto amor: unos afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas con que llama á Dios: unos movimientos piadosos y amorosos de la voluntad con que como con alas espirituales se extiende y levanta hacia arriba, y se va

(1) S. Bonavent. via 2 et 3, epist. 15 memoria, cap. 22.

allegando y uniendo mas con Dios. Estos deseos y afectos vehementes y encendidos del corazon llaman los Santos aspiraciones; porque con ellos el alma se levanta á Dios, que es lo mismo que aspirar á Dios: y tambien, dice san Buenaventura, porque de la manera que respirando sacamos sin deliberacion el anhelo y huelgo de lo interior de nuestro cuerpo; así con gran presteza, y algunas veces sin deliberacion, ó casi sin ella, sacamos estos deseos encendidos de lo interior del corazon. Estas aspiraciones y deseos los declara el hombre con unas oraciones breves y frecuentes que llaman jaculatorias: *Rapti in jaculatas*, dice san Agustín (1); porque son como unos dardos y saetas encendidas que salen del corazon, y en un punto se arrojan y envian á Dios. De estas oraciones usaban mucho aquellos monjes de Egipto, como dice Casiano: *Breves quidem, sed creberrimæ* (lib. 2 de inst. renunt.); y las estimaban y tenian en mucho: lo uno, porque como son breves, no cansan la cabeza: lo otro, porque se hacen con fervor y espíritu levantado, y en un punto se hallan en el acatamiento de Dios; y así no dan lugar al demonio de perturbar al que las hace, ni ponerle impedimento alguno en el corazon. Dice san Agustín (2) unas palabras dig-

(1) August. epist. ad Probam, 121.

(2) August. epist. ad Prob.; Chrysost. homil. 79.

nas de consideracion para los que tratan de oracion: *Ne illa vigilans, et recta intentio, quæ tamen necessaria est oranti, per productiones moras hebetetur*: Porque aquella vigilante y viva atencion, que es menester para orar con la reverencia y respeto debido, no se vaya remitiendo y perdiendo, como suele acontecer con la larga oracion. Pues con estas oraciones jaculatorias procuraban aquellos santos monjes (1) andar siempre en este ejercicio, levantando muy frecuentemente el corazon á Dios, tratando y conversando con él.

Este modo de andar en la presencia de Dios es comunmente mas á propósito para nosotros, mas fácil y mas provechoso; pero será menester declarar mas la práctica de este ejercicio. Casiano, *coll. 10, cap. 10*, la pone en aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende: Domine ad adjuvandum me festina*, Psalm. vi, que la Iglesia repite al principio de cada hora. Comenzais algun negocio en que hay peligro, pedid á Dios que os ayude para salir bien de él: Señor, entended en mi ayuda: Señor, no tardeis en ayudarme. Para todas las cosas tenemos necesidad del favor del Señor; y así siempre se lo habemos de andar pidiendo. Y dice Casiano, que este versito es maravilloso, y muy á propósito para declarar todos nuestros afectos en cualquier estado, y en cualquier ocasion ó

(1) Abbat. Isaac, collat. 10, cap. 10.

acaecimiento que nos veamos, porque con él invocamos el auxilio de Dios: con él nos humillamos, y reconocemos nuestra necesidad y miseria: con él nos levantamos, y confiamos ser oidos y favorecidos de Dios: con él nos encendemos en el amor del Señor, que es nuestro refugio y protector. Para todos cuantos combates y tentaciones se os pueden ofrecer, teneis aquí un escudo fortísimo, y una cota impenetrable y un muro inexpugnable: y así siempre le habeis de traer en la boca y en el corazon: esa ha de ser vuestra perpétua y continua oracion, y vuestro andar siempre en la presencia de Dios.

San Basilio (1) pone la práctica de este ejercicio, en que de todas las cosas tenemos ocasion de acordarnos de Dios. ¿Comeis? dad gracias á Dios: ¿vestís? dad gracias á Dios: ¿salís al campo ó á la huerta? bendecid á Dios, que lo crió: ¿mirais al cielo, mirais al sol y á todo lo demás? alabad al Criador de todo: cuando durmiéreis, todas las veces que despertais, levantad el corazon á Dios.

Otros, porque en el camino espiritual hay tres vias, una purgativa, que pertenece á los principiantes, otra iluminativa, que pertenece á los que van aprovechando, otra unitiva, que pertenece á los perfectos; ponen tres géneros de aspiraciones y oraciones jaculatorias: unas que se enderezan á al-

(1) Basil. homil. in martyrem Julitam.

canzar perdon de pecados, y purgar el alma de vicios y aficiones terrenas, que pertenecen á la via purgativa: otras que se enderezan á alcanzar virtudes, y vencer tentaciones, y abrazar dificultades y trabajos por la virtud, que pertenecen á la via iluminativa: otras que se enderezan á alcanzar la union del alma con Dios con vínculo de perfecto amor, que pertenecen á la via unitiva; para que cada uno se ejercite en este ejercicio, conforme al estado y disposicion que tuviere: pero quanto á esto, por muy perfecto que sea uno, se puede ejercitar en dolor de pecados, y en pedir á Dios perdon de ellos, y gracia para nunca ofenderle, y será muy buen ejercicio, y muy agradable á Dios. Y este, y el que trata de purgar su alma de vicios y pasiones desordenadas, y alcanzar virtudes, se podrá tambien ejercitar en actos de amor de Dios, para hacer eso mismo con mas facilidad y suavidad. Y así todos se pueden ejercitar en este ejercicio; unas veces con estos actos: ¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! ¡No permitais, Señor, que yo os ofenda jamás! ¡Morir sí, mas no pecar! ¡Plegue á vuestra divina Majestad, que antes muera yo mil muertes, que caiga en pecado mortal! Otras veces puede uno levantar el corazon á Dios, dándole gracias por los beneficios recibidos, generales y particulares, ó pidiendo algunas virtudes: unas veces profunda humildad,

otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia. Otras veces puede uno levantar el corazón á Dios con actos de amor y conformidad con su santísima voluntad, como diciendo: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. Cant. II. *Non mea voluntas, sed tua fiat*. Luc. XXII. *Quid enim mihi est in caelo? et à te quid volui super terram?* Psalm. LXXII. Estas y otras semejantes son muy buenas aspiraciones y oraciones jaculatorias para andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios, y las mejores y mas eficaces suelen ser las que el corazón movido de Dios concibe de sí mismo, aunque no sea con palabras tan compuestas y tan ordenadas como las que habemos dicho. Y no es menester tampoco que sean muchas y diversas estas oraciones; porque una sola repetida muy á menudo, y con grande afecto, le puede bastar á uno para andar en este ejercicio muchos dias, y aun toda la vida. Si os hallais bien con andar siempre diciendo aquellas palabras del Apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga? Ó aquellas de la esposa: Mi amado para mí, y yo para él; ó aquellas del Profeta: ¿Qué tengo yo, Señor, que querer, ni en el cielo ni en la tierra, sino á Vos? No habeis menester mas: deteneos y entreteneos en eso, y ese sea vuestro continuo ejercicio y vuestro andar en la presencia de Dios.

CAPÍTULO IV.

Declárase mas la práctica de este ejercicio, y pónese un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso, y de mucha perfeccion.

Entre otras aspiraciones y oraciones jaculatorias que podemos usar, es muy principal y muy á propósito para la práctica de este ejercicio la que nos enseña el apóstol san Pablo en la primera epístola á los de Corinto: *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite*: Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, hacedlo todo á gloria de Dios. Procurad en todas las cosas que hiciéreis, lo mas frecuentemente que pudiéreis, levantar el corazón á Dios, diciendo: Por Vos, Señor, hago esto, por contentaros y agradaros á Vos, porque Vos así lo quereis: vuestra voluntad, Señor, es la mia, y vuestro contento es el mio, y no tengo yo otro querer, ni otro no querer, sino lo que Vos quisiéreis ó no quisiéreis: esta es toda mi alegría y todo mi contento y regocijo: el cumplimiento de vuestra voluntad, el agradaros y contentaros á Vos: y no hay otra cosa que querer ni que desear, ni en que poner los ojos, ni en el cielo ni en la tierra. Este es muy buen modo de andar siempre en la presencia de Dios, y muy fácil y

provechoso, y de mucha perfeccion; porque es andar en un continuo ejercicio de amor de Dios. Y porque en otras partes tratamos de esto (1), aquí solamente quiero añadir, que esta es una de las mejores y mas provechosas maneras que hay de andar siempre en oracion, de cuantas podemos tener: que no parece que faltaba otra cosa para acabar de canonizar y levantar este ejercicio, sino decir, que con él traerémos aquella continua oracion que Cristo nuestro Señor nos pide en el sagrado Evangelio: *Oportet semper orare, et non deficere*. Luc. XVIII. Porque, ¿qué mejor oracion puede ser, que estar uno siempre deseando la mayor honra y gloria de Dios, y estar siempre conformándose con su voluntad, no teniendo otro querer, ni otro no querer, sino lo que Dios quiere ó no quiere, y que todo su contento y gozo sea el contento y gozo de Dios?

Por esto dice un doctor (2), y con gran razon, que el que perseverare con cuidado en este ejercicio con estos afectos y deseos interiores, sacará tanto fruto de él, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazón, y hallará en él aversion particular al mundo, y aficion singular á Dios. Esto es comenzar á ser ciudadanos del cielo, y continuos de la casa de Dios: *Jam non estis hospites, et*

advenæ, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei. Ad Ephes. II. Estos son aquellos gentiles hombres que vió san Juan en el Apocalipsi, que tenian el nombre de Dios escrito en sus frentes, que es la continua memoria y presencia de Dios: *Et videbunt faciem ejus: et nomen ejus in frontibus eorum*, Apoc. XXII, v. 4; porque su trato y conversacion ya no es en la tierra, sino en el cielo: *Nostra autem conversatio in caelis est*. Ad Philip. III. *Non contemplantibus nobis, quæ videntur, sed quæ non videntur: quæ enim videntur, temporalia sunt; quæ autem non videntur, æterna*. II ad Corinth. II.

Hase de advertir en este ejercicio, que cuando hacemos estos actos, diciendo: Por Vos, Señor, hago esto, por vuestro amor, y porque Vos así lo quereis, y otros semejantes, los habemos de hacer y decir como quien habla con Dios presente, y no como quien levanta el corazón ó pensamiento lejos de sí, ó fuera de sí. Esta advertencia es de mucha importancia en este ejercicio; porque esto es propiamente andar en la presencia de Dios, y eso es lo que hace este ejercicio fácil y suave, y que mueva y aproveche mas. Aun en las demás oraciones, cuando meditamos á Cristo en la cruz, ó en la columna, avisan los que tratan de oracion, que no habemos de imaginar aquello allá en Jerusalem, que ha mil y tantos años que pasó; porque eso cansa mas, y no

(1) Tract. 3, cap. 8; et tract. 8, cap. 4.

(2) Dionys. Richel. lib. 1 de contempt. cap. 25.

mueve tanto; sino que lo habemos de imaginar presente, y que pasa aquí delante de nosotros, y que oímos los golpes de los azotes, y las martilladas de los clavos: y si meditamos el ejercicio de la muerte, dicen que habemos de imaginar, que estamos ya para morir, desahuciados de los médicos, y con la candela en la mano; ¿cuánta mayor razon será, que en este ejercicio de la presencia de Dios hagamos estos actos que habemos dicho, no como quien habla con quien está ausente y léjos de nosotros, sino como quien habla con Dios presente, pues el mismo ejercicio lo pide, y en realidad de verdad ello es así?

CAPÍTULO V.

De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios á otros.

Para que se vea mejor la perfeccion y provecho de este ejercicio y modo de andar en la presencia de Dios, que habemos dicho en el capítulo 11 del tratado 5, y para que con eso quede mas declarado, diremos algunas diferencias y ventajas que hay en él. Lo primero: en otros ejercicios, que suelen traer algunos de andar en la presencia de Dios, todo parece que es acto de entendimiento, y todo parece que se aca-

ba en imaginar presente á Dios; pero esto presupone ese acto de entendimiento y de fe, que está Dios presente, y pasa adelante á hacer actos de amor de Dios, y en eso consiste principalmente: y esto claro está que es mejor y de mas provecho que lo primero. Así como en la oracion decimos que no habemos de parar en el acto del entendimiento, que es la meditacion y consideracion de las cosas, sino en los actos de la voluntad, que es en los afectos y deseos de la virtud é imitacion de Cristo, y ese ha de ser el fruto de la oracion; así aquí, lo mas principal de este ejercicio, y lo mejor y mas provechoso de él, está en los actos de la voluntad; y así eso es en lo que habemos de insistir.

Lo segundo que se sigue de aquí es, que este ejercicio es mas fácil y suave que los demás: porque para los demás es menester discurso y trabajo del entendimiento y de la imaginacion, para representar las cosas delante, que es lo que suele cansar y quebrar la cabeza, y así no puede durar esto tanto; pero para este ejercicio no es menester discurso, sino unos afectos y actos de voluntad, los cuales se hacen sin cansancio; porque aunque es verdad que hay allí algun acto del entendimiento, pero ese presupónese por la fe, sin cansarnos en eso; como cuando adoramos el santísimo Sacramento, suponemos por la fe que está allí Jesucristo nuestro Salvador; pe-

ro toda nuestra atencion y ocupacion es en adorar, reverenciar, amar y pedir mercedes á aquel Señor, que sabemos está allí; así es en este ejercicio: y de aquí es, que por ser mas fácil, podrá uno durar y perseverar en él mas tiempo; porque aun á los enfermos que no pueden tener otra oracion, les solemos aconsejar que usen levantar el corazon á Dios á menudo con algunos afectos y actos de la voluntad; porque esos puédense hacer con facilidad: y así, aunque no hubiese otra ventaja en este ejercicio, sino poder durar y perseverar en él mas que en los demás, le habíamos de estimar en mucho; cuanto mas habiendo en él tantas ventajas.

Lo tercero y principal, y que se ha de advertir aquí mucho, es que la presencia de Dios no es solo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras que hacemos: porque si nos contentásemos con solo traer atencion á que Dios está presente, y por eso nos descuidásemos en las obras, é hiciésemos faltas en ellas, eso no seria buena devocion, sino ilusion. Siempre habemos de tener cuenta con que aunque el un ojo traigamos en su Majestad, el

otro le pongamos en hacer bien las obras por él: y al mirar que estamos delante de Dios, nos ha de ser medio para hacer mejor y con mas perfeccion todo lo que hacemos; y esto mucho mejor se hace con este ejercicio, que con otros: porque con otros ocúpase mucho el entendimiento en aquellas figuras corporales que quiere uno representar delante, ó en los conceptos que quiere sacar de lo que tiene presente; y por sacar el buen pensamiento, muchas veces no mira bien lo que hace, y lo hace mal hecho: pero este ejercicio, como no hay en él ocupacion del entendimiento, no impide nada al ejercicio de las obras, antes ayuda mucho para que vayan bien hechas, porque las está haciendo por amor de Dios, y delante de Dios, que le está mirando; y así procura hacerlas de tal manera y tan bien hechas, que puedan parecer delante de los ojos de Dios, y que no haya en ellas cosa indigna de su presencia: acerca de lo cual dijimos arriba otro punto, que es otro modo de andar en la presencia de Dios muy bueno y muy provechoso, que ponen tambien los Santos; y así excusarémos repetir lo aquí.